Ricardo Raphael, *El mirreynato. La otra desigualdad*, 2014, México, Planeta, 247 pp.

RECEPCIÓN: 16 de mayo de 2016.

APROBACIÓN: 10 de agosto de 2016.

La tesis central del autor es la siguiente: México es un “mirreynato” compuesto por un grupo reducido de “mirreyes” y el resto de la sociedad, que desea ser como ellos: “El mirreynato es obra de todos”. El mirrey pertenece a la clase social alta y piensa que es así por orden natural o divino. Utiliza su riqueza económica como el principal marcador de clase. No quiere pasar inadvertido, sino que ostenta su posición social tan pronto puede. Le asigna un valor positivo a la arrogancia. El dinero le da inmunidad. Tiene un círculo de chóferes, guaruras, niñeras y enfermeras a su servicio, además de un amplio grupo de lambiscones. El mirrey desprecia la cultura del esfuerzo y el mérito, ya que heredó su fortuna. No va a la escuela para adquirir conocimientos, sino conocidos. Su identidad como mexicano es ambivalente: apoya a la selección de fútbol vestido con un sombrero de charro y la cara pintada con los colores patrios; pero prefiere lo europeo, la piel blanca, la civilización y el inglés.

Estos atributos, de acuerdo con Raphael, no son exclusivos del mirrey. Son un espejo de cómo somos los mexicanos. En los ricos estos síntomas se hacen más notorios y los demás abriga un interés malsano por ocupar su lugar. Nos recuerda el autor que siempre han existido. Antes se les llamaba “fresas”, “juniors” o “pirruris”. Sin embargo, estos personajes no son mirreyes en un sentido: el junior de antaño no ostentaba públicamente el poderío de su familia, pues lo avergonzaba. En cambio, al mirrey contemporáneo le tiene sin cuidado la ostentación pública. De la misma manera, la prepotencia siempre ha existido, pero hoy se hace más notoria. El mirrey actual ostenta su dinero, su atuendo a la moda, sus automóviles, yates y aviones, sus casas en México y el extranjero, así como sus viajes a lugares exóticos o caros y sus mujeres,

a las que denomina ofensivamente “lobukis”. Son dueños de la justicia y por ello gozan de impunidad. Se valen de la corrupción para acrecentar su poder económico y político. Adquieren obras públicas; consiguen el uso de suelo, permisos y licencias. Los mirreyes políticos garantizan su permanencia, o la de los suyos, por medio de la compra del voto.

Para Raphael, el problema de la corrupción no es cultural, sino que se debe a la debilidad de las instituciones. La corrupción genera desigualdad, en virtud de que los más pudientes obtienen la mejor tajada del pastel. Para cerrar el paso a los demás, los mirreyes usan la discriminación como escudo. El que no es como ellos es “naco”, “indio”, “mujer” o “prole”. Este fenómeno, de acuerdo con el autor, va más allá de lo económico. Si la persona no estuviera marcada socialmente como mujer, indígena, morena, naca, inculta, sin herencia, etc., su sueldo y su trabajo serían diferentes. Se forma un círculo vicioso: “La cuestión principal radica en que ser víctima de la discriminación antecede y determina la obtención de los ingresos; luego, el salario insuficiente fija la posición de la persona dentro de un estamento o clase social que, en revancha, vuelve a convertirse en argumento para la desigualdad” (p. 153).

México es un país muy desigual. La desigualdad económica se debe, de acuerdo con el autor, al escaso crecimiento de México en los últimos años. La intervención del Estado no ayuda, sino que más bien es el problema: no cobra impuestos, gasta mal el dinero público y transfiere recursos a quienes no lo necesitan. Esta desigualdad produce violencia en la sociedad. Genera resentimientos y la “rabia que legitima la agresión social”. Los recursos que no se invierten en mejorar las condiciones de vida de los más favorecidos se utilizan en reprimir la insatisfacción.

Por si fuera poco, además de una profunda desigualdad, el país presenta una nula movilidad social. México no invierte lo suficiente en educación, y la que se imparte, está diseñada para asegurar la desigualdad y asimetría entre sus habitantes. No sirve para mejorar las oportunidades de empleo, para incrementar ingresos e impulsar la movilidad social. La evaluación PISA de la OCDE deja muy mal parado a nuestro país, principalmente en matemáticas.

Por todo esto, los mexicanos obstaculizan a los otros mexicanos. Nos tenemos miedo. Desconfiamos hasta de nosotros mismos. “Comunidad y convergencia podrían ser la solución, pero el régimen moral y político impuesto no ayuda a obtener ninguna de las dos cosas. Lo impiden el hambre sin límites

por ostentar, la impunidad, la corrupción, la discriminación, la desigualdad, el ascensor social descompuesto y la mala educación” (p. 227). Los defectos de los mirreyes no son exclusivos. “La gran mayoría los compartimos y por eso todos tenemos algo de mirreyes” (p. 227).

Concluye el autor que para derrocar al mirreynato “es necesario imponer vergüenza sobre los prepotentes, los burladores de la legalidad, los ladrones del recurso público, los custodios del cierre social, los que tienen secuestrado el aparato distributivo, los que descompusieron el ascensor social y los que han quitado a la educación su capacidad igualadora” (p. 228). Al igual que las escaleras, este cambio en los valores y la cultura debe proceder de arriba abajo.

El mérito de Ricardo Raphael es haber puesto en la agenda el tema de la desigualdad, la prepotencia y la discriminación. No obstante, me permito hacer algunas observaciones al libro.

El tema no es nuevo, como cabe imaginar. Desde Aristóteles se ha analizado el impacto de la polarización social. En años recientes, Guadalupe Loaeza publicó sus sátiras de las “niñas bien” en periódicos y en sus libros *Las niñas bien* (1985) y *Las reinas de Polanco* (1986). A diferencia de Loaeza, Ricardo Raphael no solo presenta anécdotas, sino que profundiza, reflexiona sobre el fenómeno y aporta datos valiosos.

Sin ambargo, debemos ir más allá de la sátira y no caer en el resentimiento. Por eso, estoy en desacuerdo con el autor cuando dice que todos queremos ser mirreyes. No dudo de que, probablemente, buena parte de los padres de los estudiantes del Miraflores o del Cumbres, a los que el autor entrevista en el libro, lo desean y fomentan en sus hijos este deseo. Pero pienso también que el resto de la población, es decir, la mayoría, ni siquiera se lo plantea.

Para aquellos que piensen que lo importante en el ser humano es el tener, no dudo de que el mirrey sea un buen modelo. Pero para quienes lo importante es el ser, el mirrey es la antítesis. El mirrey intenta suplir con el tener que le da el dinero y su poder la falta de su ser; no está interesado en cultivarse. Pero, ¿puede tener una vida en paz consigo mismo quien piensa que su mujer es un objeto más, que usa y desecha como a un automóvil que pasa de moda? ¿Es la vida de Luis Miguel un modelo por seguir? ¿No se sentirán profundamente vacíos los mirreyes?

Creo que el mirrey es un ser enfermo. Satisface sus necesidades básicas por medio de excentricidades y objetos suntuosos. No obstante, debemos preguntarnos si su forma de vida le permite cubrir adecuadamente las auténticas

necesidades humanas que planteaba Erich Fromm: amar, crear vida (no destruirla), unirse fraternalmente con un semejante, tener una identidad (¿son auténticos los mirreyes?), apreciar lo bello aparte de su valor monetario.

Por otro lado, el mirreynato no se resuelve con “imponer vergüenza sobre los prepotentes”, ni con un cambio de valores y cultura de arriba abajo, como propone el autor. El mirreynato es un producto del modelo económico que se ha implantado en México desde la década de 1980. Este modelo ha generado una creciente desigualdad en el ingreso. Mientras que la riqueza de unos cuantos crece, el ingreso del resto de la población disminuye o, en el mejor de los casos, permanece igual. Algunas cifras al respecto: la riqueza (activos financieros y no financieros) ascendió en el año 2013 a 67.7 billones de pesos. Esta cantidad representa 4.9 veces el Ingreso Nacional (13.8 billones de pesos).¹ La riqueza media por hogar en el país es de 2.3 millones de pesos. Según el Credit Suisse, en México el coeficiente de Gini de la riqueza es de 78. Para explicar este estadístico utilizaré una analogía. Una población en la que el 78% de los hogares no tuviera riqueza y el 22% restante se repartiera toda la riqueza del país en proporciones iguales, tendría un coeficiente de Gini igual a 78.²

Cuando Alexander von Humboldt visitó nuestro país a principios del siglo XIX, encontró que el conde de la Valenciana, dueño de la mina La Valenciana de Guanajuato, tenía un ingreso que fluctuaba entre 700 y 1200 veces el jornal medio del trabajador de su mina.³ En México, en el año 2010, el director general de un banco ganó 2100 veces el sueldo de un cajero. La desigualdad es entre 1.8 y 3 veces mayor de la que encontró Humboldt.

Se afirma y repite que el problema tiene su origen en que el país no crece. Sin embargo, el Producto Interno Bruto creció, en términos reales, 2.6% promedio anual entre 2003 y 2013, lo que implica que, de seguir a este ritmo, la economía se duplica cada 27 años. En los últimos años la riqueza ha crecido a un ritmo promedio anual, en términos reales, de 9.1%. Si sigue creciendo a este ritmo duplicará su monto cada 8 años. De hecho, casi se duplicó; ya que de 35.2 billones llegó a 67.7 billones en 2013 en pesos de 2013.⁴ Como se aprecia, el problema no es la falta de crecimiento, sino la mala repartición

¹ Carlos McCadden y Miguel del Castillo, *La clase media en México*, 2015, México, Senado de la República, LXIII Legislatura, pp. 20-22.

² Credit Suisse, *Global Wealth Databook 2013*, Zurich, Credit Suisse Research Institute, p. 100.

³ Alexander de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 2011, México, Porrúa, pp. 83-85.

⁴ Carlos McCadden y Miguel del Castillo, *op. cit.*, pp. 20-22.

del ingreso generado. Esta polarización hace que, por un lado, tengamos a una reducida proporción de mirreyes, cuyo ingreso y riqueza les permite el estilo de vida que describe Ricardo Raphael en su libro y, por el otro, tenemos a la inmensa población de pobres que las políticas económicas han generado.

No solo somos un país desigual; además, año con año esta desigualdad económica se incrementa. Por ello, si bien es cierto que siempre ha habido mirreyes, la desproporción en la distribución de la riqueza ha incrementado su número y sus actos de ostentación.

La discriminación no es un escudo. En este caso, como en la educación, me parece que hemos puesto “el carro adelante de los bueyes”. La discriminación no determina el monto de los ingresos. Al contrario, es el bajo ingreso de las personas lo que las hace objeto de discriminación. Dudo mucho de que si se terminara con la discriminación, lo cual es sumamente deseable, se resolvería el problema de inequidad del país.

Con la educación sucede lo mismo. Es un lugar común decir que si mejoramos la educación de nuestra población, mejorará su ingreso. Esto podría ser cierto si tuviéramos un modelo económico distinto, pero con el actual es falso. El modelo ha basado su estrategia en ofrecer al mundo empleados baratos. Dudo mucho que el ingreso de la trabajadora de una maquiladora aumentara si tuviera estudios en ingeniería de operaciones. Lo probable es que no la contrataran por estar sobrecapacitada. Si todos nuestros jóvenes obtuvieran una licenciatura en una universidad de prestigio, ¿el país tendría empleo para todos? ¿Aceptarían trabajar en un restaurante de comida rápida? Algo de esto es lo que le ha pasado a España con la crisis.

En síntesis, la creciente polarización de nuestro país no es producto de la cultura ni de la falta de valores, más allá de que debemos imponer un sentido moral a nuestras acciones. Por el contrario, su causa se encuentra en las políticas económicas que el gobierno ha impulsado en beneficio de unos cuantos. La desigualdad económica produce malestar. En algunos, los menos, resentimiento y agresión; en la mayoría, el deseo de actuar como ciudadanos y movilizarse para cambiar al país y fortalecer sus instituciones. El movimiento estudiantil de los años recientes lo atestigua.

La violencia no la provocan los resentidos con el mirreynato. ¿No están detrás de la violencia los padres de los mirreyes y directamente algunos mirreyes que no quieren que cambie nada? Como ha denunciado Herbert Radkle, miembro honorario del Consejo de Amnistía Internacional de Alemania, “la tortura es la reacción furiosa de los de arriba ante la desesperada

voluntad de cambio político-social de los de abajo”.⁵ Por ello, como afirma Ricardo Raphael, se emplean cada vez más recursos para reprimir la insatisfacción. La protesta social se ha criminalizado.

México se encuentra ante una paradoja. Algunos piensan que si tuviéramos un gobierno democrático, instituciones fuertes, un sistema jurídico imparcial, un organismo electoral que no permitiera la compra de votos y un buen sistema educativo, buena parte de nuestros problemas se solucionarían. ¡Saldríamos poco a poco del mirreynato! Otros se preguntan si en un país con estas características se hubieran aprobado las reformas estructurales de los últimos treinta años. ¿No es acaso el gobierno corrupto e ineficaz, con su mirreynato, una condición para llevar a cabo un proyecto de nación decidido por unos cuantos, para beneficio de unos cuantos, que agrede y no satisface a la mayoría?

MIGUEL DEL CASTILLO NEGRETE ROVIRA
Departamento Académico de Estudios Generales,
ITAM

⁵Herbert Radtke, “La tortura, instrumento ilegal del poder”, *Concilium*, 1978, Madrid, Ediciones Cristiandad, año XIV, núm. 140, pp. 647-661.